



EN EL
OTRO
VIENTO

URSULA K.
LE GUIN

Al hechicero Aliso le aterra conciliar el sueño, pues hacerlo significa trasladarse a la tierra de los muertos y encontrarse con su esposa. Ella falleció muy joven y desea regresar a él tanto que lo besó a través del bajo muro de piedras que separa nuestro mundo de la Tierra Seca, donde la hierba está marchita, las estrellas, siempre quedas, y los amantes se cruzan sin reconocerse. Cada noche, los muertos atraen a Aliso hacia ellos para, a través de él, liberarse e invadir Terramar.

Desesperado, Aliso acude al antiguo Archimago Gavilán, quien le indica que parta a Havnor en busca de Tenar, Tehanu y el joven Rey Lebannen. Todos juntos e Irian, el dragón de ojos color ámbar capaz de transformarse en mujer, viajarán al Bosquecillo Inmanente, en Roke, pues la incursión de los muertos no es el único peligro que amenaza Terramar: los dragones han regresado y, después de siglos de paz, reclaman lo que creen les pertenece legítimamente

EN EL OTRO VIENTO



Nombres del mapa traducidos

Atníni: Atnini

Bars of Uny: Arrecifes de Uny

Earthsea: Terramar

Ebavnor Straits: Estrecho de Ebavnor

Far Sorr: Sorr Lejano

Far Toly: Toly Lejana

Gate of Selidor: Puerta de Selidor

Gont Port: Puerto de Gont

Great Port: Puerto Grande

Gut of Osskil: Estrecho de Osskil

Hort Town: Hort

Ingat: Incat

Isle of the Ear: La isla de la Oreja

Low Torning: Baja Torning

Miles: Millas

Mísk: Misk

Near Kaltuel: Cercana Kaltuel

North Enwas: Enwas Norte

O-Port: Puerto de O

Osskil Sea: Mar de Osskil

Outer Innran: Innran Exterior

Sea of Éa: Mar de Ea

Selidor: Selidor

South Enwas: Enwas Sur

South Port: Puerto Sur

The Allernots: Las Allernots

The Closed Sea: Mar Cerrado

The East Reach: Confín de Levante

The Enlades: Las Enlades

The Gravels: Las Gravels

The Great South Sheals: Grandes Islotes del Sur

The Hands: Las Manos

The Inmost Sea: Mar Interior

The Long Dune: Duna Larga
The Ninety Isles: Las Noventa Islas
The North Reach: Confín Septentrional
The North Teeth: Dientes Norte
The Pelnish Sea: Mar de Pelnish
The Sand Isles: Islas de Arena
The Sellets: Las Sellet
The South Reach: Confín Austral
The Torikles: Las Torikles
The Toringates: Las Puertas de Torin
The West Reach: Confín de Poniente
The Whale Isles: Islas de Whale
Usídero: Usídero

*Más al oeste que el Oeste
más allá de la tierra
mi gente está danzando
en el otro viento.*

La canción de la mujer de Ke-
may

 CAPÍTULO I 

ENMENDANDO EL CÁNTARO VERDE

Largas y blancas velas como alas de cisne llevaban al barco *Vuelalejos* a través del aire estival de la bahía desde los Promontorios Fortificados hacia el Puerto de Gont. Se deslizaba sobre las tranquilas aguas del embarcadero, criatura del viento tan segura y graciosa que un par de pescadores cerca del viejo muelle le dieron la bienvenida con entusiasmo, agitando los brazos para saludar a los tripulantes y al único pasajero de pie en la proa.

Era un hombre delgado con un paquetito y una vieja capa negra, probablemente un hechicero o un pequeño comerciante, nadie importante. Los dos pescadores observaron el bullicio en el muelle y en la cubierta del barco mientras todos se preparaban para descargar la mercancía, y únicamente echaron un vistazo al pasajero con un poco de curiosidad cuando, al dejar el barco, uno de los marineros hizo un gesto a sus espaldas, el pulgar y el meñique de la mano izquierda apuntando hacia él: «¡Y no regreses nunca!».

El hombre dudó unos instantes en el paseo marítimo del malecón, se cargó el paquete al hombro, y partió rumbo a las calles del Puerto de Gont. Eran calles muy anima-

das, y en seguida se metió en el Mercado de Pescados, repleto de vendedores ambulantes y regateros, las piedras del empedrado brillantes, llenas de balanzas de pescado y salmuera. Si tenía pensado algún camino a seguir, pronto lo perdió entre carros y casetas y muchedumbres y las frías miradas fijas de los peces muertos.

Una mujer alta y anciana giró sobre sus talones frente a la caseta en la que había estado insultando la frescura del arenque y la veracidad de la pescadera. Al ver que ella lo miraba con furia, el extraño dijo imprudentemente: —¿Tendría usted la amabilidad de indicarme el camino que debo tomar para ir a Re Albi?

—Vaya, hombre, y empiece por ahogarse en excremento de cerdo —dijo la alta mujer y se alejó dando zancadas, dejando al extraño extenuado y abatido.

Pero la pescadera, al ver una oportunidad para aprovechar su superioridad, dijo gritando: —¿Re Albi, ha dicho? ¿Pregunta sobre Re Albi, hombre? ¡Hable más alto, pues! La casa del Viejo Mago, eso debe de ser lo que usted busca en Re Albi. Sí, debe de ser eso. Entonces salga por allí, por esa esquina, y suba por la calle Elvers, allí, ¿lo ve? Hasta llegar a la torre...

Una vez estuvo fuera del mercado, las anchas calles lo condujeron cuesta arriba y más allá de la torre de vigilancia hasta una de las puertas de la ciudad. La guardaban dos dragones de piedra de tamaño natural, con dientes grandes como su antebrazo, los ojos de piedra brillando ciegamente sobre la ciudad y la bahía. Un guardia holgazán le dijo que simplemente tenía que girar a la izquierda al principio del camino y estaría ya en Re Albi. —Y siga avanzando a través de la aldea hasta llegar a la casa del Viejo Mago —añadió.

De modo que subió con dificultad, por el camino bastante empinado, mirando hacia arriba a medida que avanzaba por las cuestas más empinadas y llegaba a la cima

más alejada de la Montaña de Gont, que sobresalía de su isla como de una nube.

Era un largo camino y un día muy caluroso. No tardó en quitarse la capa negra y siguió con la cabeza descubierta y en mangas de camisa, pero no había pensado en buscar agua o comprar comida en la ciudad, o acaso se había sentido demasiado cohibido como para hacerlo, puesto que no era un hombre familiarizado con las ciudades ni alguien que se sintiera cómodo en presencia de extraños.

Después de varias largas millas alcanzó una carreta que llevaba viendo desde hacía mucho rato allá en lo alto del polvoriento camino, como una mancha negra en una bruma blanca de polvo. Crujía y chirriaba a medida que avanzaba, manteniendo el paso de un par de pequeños bueyes que parecían tan viejos, arrugados y poco prometedores como un par de tortugas. Saludó al carretero, quien se parecía mucho a los bueyes. El carretero no dijo nada, pero parpadeó.

—¿Encontraré agua subiendo por este camino? —preguntó el extraño.

El carretero sacudió lentamente la cabeza. Después de un largo rato dijo: —No. —Y un poco después agregó—: No hay.

Todos siguieron caminando con paso cansino. Desanimado, al extraño le resultaba muy difícil ir más rápido que los bueyes, con lo que iba avanzando una milla por hora, más o menos.

Se dio cuenta de que el carretero le estaba alcanzando algo sin pronunciar una palabra: era una gran jarra de arcilla envuelta en mimbre. La tomó, y al encontrarla muy pesada, bebió agua hasta hartarse, dejándola apenas más liviana cuando se la devolvió al anciano junto con su agradecimiento.

—Sube —dijo el carretero después de un rato.

—Gracias. Caminaré. ¿Cuánto falta para llegar a Re Albi?

Las ruedas chirriaban. Los bueyes lanzaban profundos suspiros, primero uno, luego el otro. Sus pieles polvorientas emanaban un aroma dulce bajo los ardientes rayos del sol.

—Diez millas —dijo el carretero. Pensó, y luego rectificó —: O doce. —Después de un rato agregó—: No menos.

—Entonces será mejor que camine —dijo el extraño.

Vigorizado por el agua, pudo adelantarse a los bueyes, y cuando ellos y la carreta y el carretero habían quedado ya a una distancia considerable, oyó otra vez la voz del carretero: —Rumbo a la casa del Viejo Mago —dijo. Si era una pregunta, parecía no necesitar respuesta. El viajero siguió caminando.

Cuando comenzó a subir por aquel camino, todavía tenía sobre sí la inmensa sombra de la montaña, pero cuando giró hacia la izquierda rumbo a la pequeña aldea que creyó era Re Albi, el sol ardía en el cielo de Poniente y debajo de él se extendía el mar, blanco como el acero.

Había varias casas pequeñas dispersas, una pequeña y polvorienta plaza, una fuente con un fino chorro de agua cayendo de ella. Se acercó hasta allí, bebió de sus manos una y otra vez, puso la cabeza debajo del chorro, se frotó los cabellos con agua fría y dejó que ésta cayera por sus brazos; luego se sentó un rato sobre el borde de piedra de la fuente, mientras era observado en atento silencio por una niña y dos niños mugrientos.

—No es el herrero —dijo uno de los niños.

El viajero se peinó los cabellos húmedos hacia atrás con los dedos.

—Irás de camino a la casa del Viejo Mago —dijo la niña —. Tonto.

—¡Aaaahhhhh! —dijo el niño, dibujando una horrible mueca hacia un lado, y tirando de la niña con una mano mientras arañaba el aire con la otra.

—Ya verás, Stony —dijo el otro niño.

—Puedo llevarte hasta allí —le dijo la niña al viajero.

—Gracias —contestó él, y se puso de pie fatigosamente.

—No tiene vara, ¿lo ves? —dijo uno de los niños.

—Nunca dije que tuviera una —respondió el otro.

Ambos lo observaban con ojos adustos mientras el extraño seguía a la niña hasta salir de la aldea por un sendero que iba hacia el norte a través de pasajes rocosos que caían en abruptas pendientes hacia la izquierda.

El sol brillaba intensamente sobre el mar. Su luz deslumbraba al viajero, y el alto horizonte y el vuelo del viento le mareaban. La niña era una pequeña sombra saltarina delante de él. El viajero se detuvo.

—Vamos —dijo la niña, pero ella también se detuvo. Él se acercó a ella en el sendero—. Allí está —dijo la niña.

El viajero vio una casa de madera cerca del borde del acantilado, todavía bastante lejos.

—No tengo miedo —dijo la niña—. A menudo le voy a recoger huevos que el padre de Stony lleva al mercado. Una vez me dio melocotones. La vieja. Stony dice que los robé pero nunca hice algo así. Vamos, acércate. La vieja no está allí ahora. Ninguno de ellos está allí.

Se quedó de pie sin moverse, señalando la casa.

—¿Ninguno de ellos?

—Bueno, el viejo sí. Se llama Viejo Halcón.

El viajero siguió adelante. La niña se quedó allí de pie observándolo hasta que él llegó a la casa, giró en una esquina y lo perdió de vista.



Dos cabras miraban fijamente al extraño desde un terreno bien cercado. Un grupo de gallinas y polluelos ya crecidos picoteaban y conversaban suavemente entre las altas hierbas bajo árboles de melocotones y de ciruelas. Había un hombre encaramado a una pequeña escalera apoyada contra el tronco de uno de los árboles; tenía la cabeza en-

tre las hojas, y el viajero podía ver solamente sus largas piernas desnudas.

—Hola —dijo el viajero, y después de un rato lo repitió, un poco más fuerte.

Las hojas se agitaron y el hombre bajó rápidamente de la escalera. Tenía una mano llena de ciruelas, y, tras el último peldaño, ahuyentó a un par de abejas que se habían acercado atraídas por el zumo. Se acercó; era un hombrecillo de baja estatura, con la espalda recta, cabellos grises peinados hacia atrás encuadrando un rostro atractivo y marcado por el paso del tiempo. Parecía tener unos setenta años. Viejas cicatrices, cuatro costuras blancas, atravesaban un lado de su rostro bajando desde el pómulo izquierdo hasta la mandíbula. Su mirada era clara, directa, intensa. —Están maduras —dijo—, aunque mañana estarán aún mejor. —Tendió su mano llena de pequeñas ciruelas amarillas.

—Señor Gavilán —dijo el extraño con voz ronca—. Archimago...

El anciano hizo una breve inclinación de cabeza a modo de reconocimiento. —Ven a la sombra —le invitó.

El extraño lo siguió, e hizo lo que se le indicaba: se sentó sobre un banco de madera a la sombra de un árbol nudoso que había cerca de la casa; aceptó las ciruelas, que habían sido enjuagadas y servidas en una cesta de mimbre; comió una, luego otra, luego una tercera. Cuando el anciano se lo preguntó, admitió que no había comido nada en todo el día. Se quedó sentado mientras el dueño de la casa entraba en ella y salía al poco rato con pan, queso y cebolla; mientras comía, bebía del tazón de agua que su anfitrión le ofreció. Éste comía ciruelas para hacerle compañía.

—Pareces cansado. ¿Desde dónde has venido?

—Desde Roke.

La expresión en el rostro del anciano era difícil de leer. Simplemente dijo: —Nunca lo hubiera dicho.

—Soy de Taon, señor. Fui de Taon hasta Roke. Y allí el señor Maestro de las Formas me dijo que viniera hasta aquí. Que acudiera a usted.

—¿Por qué?

Fue una mirada formidable.

—Porque *tú atravesaste la Tierra Oscura y regresaste con vida...* —La voz ronca del extraño se fue desvaneciendo.

El anciano terminó la frase: —*Y llegaste a las lejanas costas del día.* Sí. Pero eso fue dicho como augurio antes de la llegada de nuestro rey, Lebannen.

—Tú estabas con él, señor.

—Así es. Y él ganó su reino allí. Pero yo en cambio dejé el mío allí. De modo que no me llames con ningún título. Halcón, o Gavilán, como más te guste. ¿Cómo deberé llamarte yo a ti?

El hombre murmuró su Nombre: —Aliso.

Estaba claro que la comida y la bebida, y la sombra y el hecho de sentarse lo habían relajado, pero todavía se veía exhausto. Había en él una fatigosa tristeza; una que le teñía todo el rostro.

El anciano le había hablado con una nota de dureza en la voz, pero ésta había desaparecido cuando le dijo: —*Pospongamos un rato la charla.* Has navegado casi mil millas y has caminado otras quince cuesta arriba. Y yo tengo que echar agua a las habichuelas y a la lechuga y a todo, puesto que mi esposa y mi hija me han dejado a cargo del jardín. Así que descansa un rato. Podremos hablar con el frescor del anochecer. O con el de la mañana. Pocas veces hay tanta prisa como yo solía pensar que había.

Cuando regresó media hora más tarde, su invitado estaba totalmente tendido sobre su espalda en la fresca hierba debajo de los árboles de melocotones.

El hombre que había sido Archimago de Terramar se detuvo con un cubo en una mano y un azadón en la otra y observó al extraño dormido.

—Aliso —dijo en voz baja—. ¿Cuál es el problema que traes contigo, Aliso?

Le pareció que si quería conocer el nombre verdadero de aquel hombre lo sabría simplemente pensando, concentrándose en ello, como podría haberlo hecho cuando era mago.

Pero no lo sabía, y el mero hecho de pensar no le daría la respuesta que buscaba; tampoco era un mago.

No sabía nada acerca de este Aliso y debía esperar a que él se lo contara. —Nunca compliques los problemas — se dijo, y se fue a echar agua a las habichuelas.



Tan pronto como la luz del sol fue bloqueada por un bajo muro de rocas que bajaba desde la cima del acantilado cerca de la casa, el frío de la sombra despertó al hombre. Se incorporó con un escalofrío, luego se puso de pie, un poco agarrotado y desconcertado, con trozos de hierba en los cabellos. Al ver a su anfitrión llenando cubos en el pozo y arrastrándolos con dificultad hasta el jardín, se acercó para ayudarle.

—Bastará con tres o cuatro más —dijo el ex Archimago, distribuyendo el agua entre las raíces de una hilera de jóvenes repollos. El aroma que desprendía la tierra húmeda era agradable en el aire seco y cálido. La luz de poniente llegaba dorada y rota sobre la tierra.

Se sentaron sobre un largo banco junto a la puerta de la casa para ver la puesta de sol. Gavilán había traído una botella y dos tazones gruesos y achaparrados de cristal verdoso. —Es el vino del hijo de mi esposa —dijo—. De la Granja de Roble, en el Valle Septentrional. Un buen año, siete años atrás. —Era un vino tinto, fuerte, que en seguida hizo entrar a Aliso en calor. El sol se puso en una tranquila claridad. El viento amainó. Los pájaros que estaban en las ra-